

Hurgando en el desván del psicoanálisis

Alejandro S. Fonzi

Hurgando en el desván del psicoanálisis

De la función paterna a la reconciliación
Los nuevos paradigmas

 **Lugar**
Editorial

Fonzi, Alejandro S.N.
Hurgando en el desván del psicoanálisis : de la función paterna a la reconciliación. Los nuevos paradigmas . 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lugar Editorial, 2014.
328 p. ; 23x16 cm.
ISBN 978-950-892-457-5
1. Psicología. 2. Psicoanálisis. I. Título
CDD 150.195

Prólogo

Dr. Norberto Marucco

Edición y corrección: Mónica Erlich

Diseño de tapa: Silvia C. Suárez

Motivo de tapa: *Triskel o Triskelion*. Símbolo tan antiguo como las runas, en la cultura celta el *triskel* representa el equilibrio entre cuerpo, mente y espíritu.

© Alejandro S. N. Fonzi

ISBN: 978-950-892-457-5
© 2014 Lugar Editorial S. A.
Castro Barros 1754 (C1237ABN) Buenos Aires
Tel/Fax: (54-11) 4921-5174 / (54-11) 4924-1555
E-mail: lugar@lugareditorial.com.ar / info@lugareditorial.com.ar
www.lugareditorial.com.ar / facebook.com/Lugareditorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Curiosa invitación, la de hurgar en un desván... del psicoanálisis. Allí es donde supuestamente se guardaría lo que estuviera fuera de uso; pero también todo lo que no se habría querido desechar, porque todavía podría ser de utilidad. Quizás este “deshván de psicoanálisis” no contenga lo mismo para todo psicoanalista. Cada quien podría tener o no interés de frecuentarlo cada tanto; y, en caso de que así fuera, encontraría particulares recursos para decidir qué elementos o conceptos guardar más a mano. O sea, sería probable que existieran tantos desvanes como analistas; sin embargo, Sandro Fonzi ha querido abrir el suyo al visitante-lector, proponiendo distintos recorridos a través de puertas, ventanas, pasadizos, que se despliegan en textos y subtextos poblados de señales (notas al pie, al final, cambios de tipografía, remisiones a citas, etcétera). Sandro quiere ser claro al compartirnos sus experiencias vivenciales, el derrotero de su vasta trayectoria como psicoanalista, sus encuentros felices como lector, sus desencuentros, la evolución de su propio pensamiento; pero también mostrar la vigencia de algunas ideas que él considera fundamentales como instrumento conceptual para entender y operar tanto en la clínica individual y grupal, como en la cultura.

La invitación a prologar el libro de un colega es para mí un honor especial. Cuando además ese autor es un amigo querido, se trata también de una gran alegría y un particular compromiso. Sandro propone una conversación con sus lectores (tal como él prefiere llamar al “diálogo”, ya sabremos por qué al leer este libro). Me entrego entonces a esa conversación, tan poblada de voces y ecos en este libro; sabiendo que la propuesta de recorrer este desván tiene algo de aventura y de misterio: no hemos sido convocados para desempolvar antiguallas, sino para recobrar propuestas en su potencia y sus posibilidades de actualización; y no sabemos de antemano con qué nos encontraremos, guiados por la mano de su autor. Así, el

desván sería ese territorio privado de vacilación entre el pasado y el futuro: entre lo que habría quedado fuera de uso, lo que podría volver a necesitarse, y lo que siempre ha estado ahí sin que hayamos podido descubrir para qué podría servir.

Quisiera acompañar al lector sin rodeos hacia un texto cuyo autor se ha encargado meticulosamente de introducir a cada paso; sin embargo, su invitación me ha concedido la posibilidad de una primera lectura dedicada y atenta, que me gustaría poder compartir al menos en parte. ¿Cómo comentar las ideas de Sandro Fonzi sin adelantar prematuramente los temas que luego desarrollará en amplitud?

Como primera observación vale subrayar que Sandro muestra su gratitud hacia los autores que frecuenta repensando, y aun “redescubriendo” sus propuestas; y también pone en evidencia su honestidad intelectual al presentar, e intentar responder, los cuestionamientos que sus generosos interlocutores cercanos le han ido planteando. El autor es claro al solicitar de entrada la paciencia del lector, para seguirlo en sus desarrollos. En clave operística desplegará Preludio, Obertura, tres actos con *Intermezzo*, hasta llegar al *Finale*, para desarrollar reflexiones acerca del valor del “psicoanálisis aplicado”, el concepto de “pulsiones sociales” y la “psicología social” como diferentes de la “psicología de las masas”, la hipótesis de una “sociedad gregaria original”, una interpretación particular del mito de Edipo que lo lleva a entrever una otra “naturaleza” en el hombre y su inserción social. Su visión del aparato psíquico como “red de intersubjetividades” que lo lleva a considerar “limitaciones del encuadre psicoanalítico biperpersonal” y proponer la conveniencia de “un contexto social como dispositivo terapéutico”, especialmente para los casos graves. Con convicción expone la necesidad de profundizar el “diálogo entre psicoanalistas”, al cual propone como “cuarta pata” del trípode de la formación psicoanalítica. Finalmente, recalca en el tema de “la reconciliación”, al que propone pensar psicoanalíticamente.

Me permitiré algunos comentarios para comenzar a “conversar” con Sandro y con el lector, ya que creo que el mejor modo de honrar su invitación es reflexionando en profundidad acerca de sus ideas.

Respecto al psicoanálisis aplicado: No caben dudas acerca del valor que Freud le ha dado a las aplicaciones del psicoanálisis, y de los valiosos aportes que numerosos autores han hecho al desarrollo de este aspecto de la disciplina en los terrenos del arte, la cultura, etcétera. Coincido con Sandro en que la “aplicación” del psicoanálisis no solo es capaz de aportar nuevas comprensiones acerca de los fenómenos observados, sino también de enriquecer con nuevas perspectivas los conceptos del psicoanálisis mismo. P.L. Assoun (2002) considera que “aquello que se designa como ‘psicoanálisis

aplicado’ no es más que la metapsicología bien entendida, en relación con los ‘campos’ en los que el inconsciente se refracta. Hace que se entienda ‘la hipótesis del inconsciente’ en el corazón de lo colectivo”. De todos modos, creo que es necesario ser muy cuidadosos en lo que respecta a la aplicación del método psicoanalítico, a fin de evitar reducir las complejidades de cada campo. Creo que es importante evitar “psicologizar” lo social y “sociologizar” lo intrapsíquico y lo intersubjetivo. Si el psicoanálisis se ha propuesto como “deconstrucción de la concepción mitológica del mundo” (Assoun, *Op. cit.*), entiendo que no es para crear nuevos mitos, sino para estar advertidos de los procesos inconscientes que estarían en el fundamento de esas producciones humanas. Los relatos acerca del origen, tanto de las estructuras psíquicas como de las estructuras sociales, serían metáforas, representaciones, *reconstrucciones* a posteriori (y por lo tanto, a su vez también, *producciones psíquicas*), y nunca nuevas versiones sobre supuestas “verdades materiales” históricas.

Respecto a la “pulsión orgánica”: Confieso que me resulta difícil entender “una distribución natural y prácticamente automática de funciones que obedecería, prevalentemente, a una ‘percepción’ o ‘intuición’ inconsciente de una cierta ‘armonía del conjunto’ o de algún ‘plan superior’ al que ese todo obedece”, o aquello de la “sabiduría sistémica”; y sobre todo entenderla como una “pulsión”. ¿Una fuerza por fuera de lo humano? ¿Por qué sería esta “natural”? ¿Colectivización, socialización, interdependencias mutuas, de un ideal del yo? ¿De dónde surgiría esa “armonía”? ¿Cuál sería la “fuente” de esa pulsión? ¿No tendrían, en todo caso, que ver con una versión colectiva de las pulsiones de vida de la segunda tópica freudiana?

La convivencia primaria: Coincido con Sandro en que incluir a “los otros” en la estructuración psíquica *adquiere un especial valor metapsicológico*. En especial recordemos el carácter contingente del “objeto” respecto de la pulsión, y la dialéctica pulsión-objeto “codeterminándose”, “cogestándose” como “par interdependiente”. También puedo seguirlo en la relevancia que otorga a la interdependencia entre el “individuo” y la “especie”, y quizás incluso en su hipótesis de una “convivencia primaria” en función del papel que desempeñamos como humanos en el entretejido de todo lo existente. Lo que me resulta más difícil es entender a esa convivencia como un entramado que sería “de suyo”, a priori, primariamente, armónico, beneficioso; y a la patología como “distorsión” o “disfuncionalidad”, de ella. Aun estando de acuerdo en la valoración del análisis familiar, multifamiliar, grupal, aplicado a lo social, etcétera, ¿cómo podría operar un psicoanalista o el psicoanálisis sobre esto que Sandro entiende como las “distorsiones en la trama” a nivel social? ¿Basta con aspirar a una convivencia “más

armónica”, o esperar que esa armonía emerja de “una tendencia primaria a la convivencia”, o hacia una “virtualidad sana”? ¿Cómo trabajar la conflictividad, lo disarmonico, lo caótico, las fuerzas en pugna, en la cultura? El reconocimiento de lo indeterminado, ¿no se opone a todo “plan superior”?

El replanteo de la función paterna “no-filicida” como garantía y sostén de la “red o trama social” y del “grupo” o “conjunto de hijos”, antes que por cada hijo como individuo: Ya podrá ir descubriendo el lector las meticulosas advertencias y aclaraciones que Sandro irá desarrollando para no ser malinterpretado ante esta perspectiva. El asunto despierta pasiones, porque de eso se trata, irremediamente: de pasiones. Y es evidente que es muy difícil sembrar vientos sin cosechar tempestades: el filicidio y el parricidio no se dejan amasar con mano suave, ni aprehender con razones. No adelantaré aquí los caminos que sigue Sandro tras Layo y Agamenón. Simplemente diré que no creo que “propósitos” y “motivos” construyan o justifiquen a las “funciones”, ni estas a las “causalidades” (mucho menos las inconscientes), y que más allá del orden en que hubieran podido acontecer los “hechos” en el mito antropológico, los crímenes son crímenes (sin atenuantes) cuando suceden... y nuestros relatos son apenas metáforas tentativas para representar lo inconsciente.

Sandro sugiere reflexiones acerca de la “función de hijo”, la “conciencia de filicidio” y su modo de entender el “equivoco trascendente” que llevaría a confundir “desgracias” con “injusticias”, y los consiguientes sentimientos de “crispación e ira” en las generaciones. Sin embargo, insiste en afirmar que “un padre y un hijo no tienen, hablando con propiedad, un territorio en común para disputarse [...]. Se mueven en medios distintos, manejándose con leyes e intereses diferentes. No existen, salvo en la ilusión, ‘límites territoriales’ que defender”.

Entiendo que esta descripción intenta plantear ciertos aspectos de lo grupal, la autoridad, las jerarquías, la participación social, etcétera; pero que Sandro sabe que es precisamente sobre esta “salvedad” de las ilusiones narcisistas, sobre ese territorio pulsional en disputa, y sobre la carnalidad que desencadena la tragedia edípica, donde precisamente hunde sus raíces el psicoanálisis. Sin embargo enfrenta con vehemencia las objeciones que le plantean otros psicoanalistas sobre la centralidad de ciertas ideas: “Es inevitable y altamente deseable, para que no se vuelvan doctrina o dogma, que en algún momento sean trascendidas e incluidas en una visión más abarcativa, que incluso pueda explicar a Narciso y a Edipo desde otro punto de vista”.

El autor da importancia al planteo evolutivo al proponer sus hipótesis: Para él “el ejercicio de la función paterna (que reinstaura las jerarquías y amalgama individuos con intereses) sería pues un ‘resto’, un ‘remanente’

y una ‘reminiscencia’ de esa ‘sociedad-gregaria’, que ‘pulsa’ para actualizarse desde lo más profundo de nuestro psiquismo, individual y social”. Si entiendo bien la idea que Sandro plantea, él propone la existencia de una “estructura original” (que subsistiría indestructible en el inconsciente a la espera de ser articulada) que permitiría volver a vivenciarse como parte de un entorno, pero manteniendo a la vez la condición de individuo.

En este punto Sandro retoma de mi trabajo *Entre el recuerdo y el destino: la repetición* (2006; p. 770) la idea freudiana de “lo soterrado” (*verschlüttet*), como lo olvidado por completo, arcano e inasequible, diferente de lo sepultado o aniquilado del Edipo. Según yo lo entiendo, esto “soterrado” se expresaría en la “zona psíquica” de la repetición en acto, trayendo consigo “vivencias primeras de un tiempo sin palabras, embriones pulsionales, huellas de lo ingobernable, la creación de tejido psíquico, la neogénesis y la puesta en acto de presentes fusionales y pasionales”.

Su hipótesis es que esta “pulsión gregaria” que él plantea sería parte de aquello soterrado; y va más allá al postular la existencia de algo “soterrado social” como fuente de malestar y a la vez de “salud psíquica”. Yo no termino de darme cuenta de qué modo esta “pulsión gregaria” se expresaría con una fuerza semejante a la que caracteriza a la repetición en acto. Sandro aporta su visión “optimista” de la esencia humana al plantear la virtual presencia en cada individuo, y en cada grupo humano, de una “matriz originaria” del psiquismo que sería expresión de la interrelación con esas presencias primordiales de los “otros en nosotros” y se manifestaría en la capacidad para desarrollar la potencial “virtualidad sana” del sujeto y la cultura.

El autor considera que esa particular “interdependencia recíproca” sería “núcleo” o “caldo de cultivo” desde donde surgiría el funcionamiento psíquico, tanto “normal” como patológico (la “matriz originaria patogénica” será para él el tronco en común desde el cual se irá construyendo la psicopatología entera). Si bien coincido con la importancia fundante de los otros en el psiquismo, y quisiera poder hacerlo también con la idea de un origen “suficientemente bueno”; honestamente no veo de qué modo esa mirada cambiaría las cosas a la hora de la clínica. Tampoco estoy seguro de que cambiar nuestras creencias o lecturas acerca de cómo se habrían originado las cosas en la cultura sirviera para cambiar a la cultura. La perspectiva que Sandro adopta da lugar a su particular visión del “bien común” y del sujeto como “enfermado”. ¿Cómo se inscribiría en el psiquismo el bien común cuando habría podido instaurarse por vía del sacrificio del hijo (como en el mito de Agamenón y su hija Ifigenia)?

Una muy interesante perspectiva de los desarrollos que Fonzi propone, intenta enfocar con otra luz tanto la teoría como la práctica psicoanalítica,

en especial con “pacientes difíciles” y psicóticos. El autor fundamenta sus razones para cuestionar el dispositivo bipersonal psicoanalítico clásico y proponer el abordaje multifamiliar. Considera, junto con García Badaracco, que el psicoanalista debe poder ocupar el lugar de “testigo presencial” del funcionamiento de las interdependencias patológicas del grupo familiar y su trama enfermate; y que *la salud de un paciente grave solo puede sostenerse si puede introducirse, al mismo tiempo, salud psíquica en su entorno familiar*. También considera que podría aprovecharse la enseñanza que brinda la práctica de los grupos multifamiliares para crear un dispositivo aplicado como complemento de la formación psicoanalítica tradicional, que promueva la experiencia colectiva de “pensar juntos” o de “conversación compartida” entre psicoanalistas; aunque reconoce los problemas que podrían presentarse al intentar poner en práctica esta idea.

Por último, quiero referirme al “faro” que al parecer orienta este trabajo: el tema de la reconciliación. Sandro comienza por diferenciar “el perdón” de “la verdad como camino a la reconciliación”. Utiliza el concepto sudafricano de “Ubuntu” para fundamentar su perspectiva, y realza el valor terapéutico de la reconciliación. Me siento convocado a debatir este tema, ya que Sandro me cita en el acápite de su último capítulo, a propósito de la necesidad del *reconocimiento del trauma y de su historización* como condición fundamental para detener la compulsión a la repetición en el presente, y transformar el “destino” cultural.

En este sentido, subrayo que para mí “reconocer” e “historizar” el trauma, no necesariamente tendría que derivar en “reconciliación”. Quizás la diferencia radique, como Sandro también lo sugiere, en el concepto de trauma que manejamos. El pensamiento de Sandro es más próximo al de García Badaracco en este punto, quien ubica a la reconciliación como *factor de curación* y la define como *condición necesaria* para producir un cambio psíquico.

Personalmente, no veo de qué modo el psicoanálisis podría generar un “dispositivo reconciliador”, o por qué debería hacerlo, ya que este de ningún modo persigue o propone “hacer justicia”, “mediar entre partes” o “establecer pactos”; y por supuesto, mucho menos, como Sandro diferencia bien, hallar culpables. Sin embargo yo subrayo la importancia de poder “reconocer el sadismo del objeto” *en el plano intrapsíquico* (teniendo en cuenta los subrogados en el psiquismo de la presencia intersubjetiva de los otros y la cultura); sin que eso implique necesariamente la “reconciliación” con el otro en la relación interpersonal.

Por otra parte, suscribo la diferencia que el autor establece entre su concepto de “reconciliación” y el de “reparación”: ya que Sandro piensa al primero en su dimensión social y el segundo es postulado por Melanie

Klein en relación a objetos internos del psiquismo. En este sentido creo que es importante diferenciar algo que considero fundamental: “lo intrapsíquico” no es de ningún modo equiparable a “lo individual”, y lo intersubjetivo no sería necesariamente equiparable con lo interpersonal o lo social.

Aquí surge una de las cuestiones importantes en cuanto al modo de conceptualizar el conflicto (al menos el “conflicto psíquico”, que es al que yo podría referirme): más allá de una posible disidencia en la relación del individuo con los otros, quizás la dimensión del conflicto más difícil de “conciliar” sería la que toma en cuenta los afectos inconscientes (sentimiento inconsciente de culpa, necesidad de castigo), las tensiones entre instancias, y la “lucha” pulsional (si bien el autor plantea sus objeciones a “la dinámica” y se inclina junto a Bleger por “la dramática”).

Para finalizar, no caben dudas de que hurgar en el desván levanta polvareda... Sandro lo sabe y, deliberadamente, lo incita. Con cierta irreverencia provoca al pensamiento, insiste en dar vuelta las ideas para un lado y para el otro hasta encontrarles el lado luminoso, aunque resistan. También exhorta al lector a compartir el recorrido vivencial de su trayectoria, haciéndolo “testigo presencial” y parte de esa singular experiencia. Más allá de la posibilidad de acordar o disentir con las ideas, también impulsa a ubicarse y perderse en los recovecos de ese desván del pensamiento al que fuimos convocados; seguramente nos sentiremos seducidos por el pensamiento entusiasta de Sandro, y siempre gratamente acompañados por su elocuente y vívida presencia.

Preludio

Este libro reúne, principalmente, mucho de lo que escribí como psicoanalista a lo largo de 40 años. Tomé la decisión de “construirlo” al reconocer que todos mis escritos responden, consciente o inconscientemente, a una “pauta que conecta”¹. Quiero decir que todos esos escritos nacen, se sostienen y se nutren de un conjunto de ideas, pensamientos y creencias provenientes de muy distintos campos, no solo del psicoanalítico, pero íntimamente entrelazados entre sí que merece ser explorado.

Mientras lo escribía tenía presente una dificultad constante (que habitaba prepotente en el desván de mi pensamiento), que era poder pensar en un título que sintetizara o presentara en pocas palabras, en una frase atractiva y “con gancho”, esa *pauta que conecta*. Durante mucho tiempo no encontré ninguna que me convenciera. Me estaba resignando, sencillamente, a describir los variados temas tratados, invitando a revisitarlos y a repensarlos. Sin embargo, dos queridas amigas mías, Alejandra Marucco y Elisabetta Gennari de Rocca, casi a último momento, vinieron en mi auxilio. Por medio de afortunadas intervenciones propusieron variantes de títulos muy adecuadas, que me resultaron mucho más atractivos. Ambas mostraron una inesperada, intuitiva y feliz compenetración con lo que considero el propósito central del libro. Así logré llegar al título definitivo y les quedo enormemente agradecido por eso.

Sin embargo, debo reconocer algo que el psicoanálisis me ha enseñado una y otra vez respecto de las dificultades. Me refiero a que esa misma dificultad de encontrar un título, siempre apuntó al auténtico núcleo del problema que intento desarrollar, que es el de condensar, en términos sencillos, significados complejos. Fui adquiriendo la conciencia de que *ese era, precisamente, el tema de este libro*. Quiero decir que *resultaría muy*

1. Connecting pattern, según definición de Gregory Bateson.

*difícil comprender lo que intento exponer si no se lo enfoca desde la articulación de distintas perspectivas*². Solo se puede dar sentido a la disparidad de los temas tratados (y encontrar en ellos algún hilo conductor que los reúna) desde una “trama conceptual”. Trama conceptual que implique la *articulación de diferentes conceptos que pueden parecer no relacionados, pero que esencialmente lo están*. Esta comprensión esquiva, constantemente, todo razonamiento lineal que pueda ser expuesto en una definición sencilla.

Esta necesaria articulación en una trama conceptual, según lo entiendo, proviene de un “nuevo modo de pensar” y es expresión de él. Me refiero a un nuevo modo de pensar, que es una manifestación del advenimiento de un “paradigma” nuevo, que afecta a todos los aspectos del pensamiento contemporáneo. Este nuevo paradigma (o “marco teórico” o “conjunto de teorías” compartidas) comienza a ganar espacio en el campo de los paradigmas vigentes hasta ahora.

Edgar Morin propone la necesidad de trascender el “paradigma de simplificación”, reduccionista y mecanicista (que *prescribe* y favorece la fragmentación y dificulta o *proscribe* la articulación), al que obedecemos y todavía obedecemos, *hacia un “paradigma complejo”*. Solo un paradigma complejo puede aceptar la articulación y la conjunción de opuestos. Sin embargo, este paradigma, aún no está consensuado completamente ni se encuentra inscripto en la cultura científica, tema que desarrollaré en los próximos capítulos dado que lo considero esencial.

De todos modos, la estructura misma de un libro impreso, compuesto por páginas sucesivas, fuerza a dar y a respetar cierto ordenamiento secuencial. Para explicar ese ordenamiento es preciso dar cierto rodeo.

En rigor, tal como lo expongo en la “Nota introductoria al capítulo 5”, el tema que trato en ese capítulo constituye el núcleo mismo del libro entero. Proviene de un trabajo presentado en 1980 e incluye mis reflexiones acerca del *filicidio* y del *parricidio*, continúa con un replanteo de la *función paterna* y concluye con una visión personal de *nuestra ubicación en el entramado social*. Ese escrito contenía en germen, embrionariamente, todas las ideas que fui desarrollando a lo largo de las décadas posteriores.

Si bien ese escrito fue muy alabado, valorado y reconocido en ese momento, al mismo tiempo, generó muchas objeciones y cuestionamientos. Este hecho me llevó a ampliarlo y a desarrollarlo, en un intento por aclarar ese debate. Sin embargo, con el tiempo me fui dando cuenta de que eso no era suficiente y que necesitaba reflexionar yo mismo en los

fundamentos que sostienen esas ideas, para poder exponerlos en forma de argumentos.

Es por ello que, en el ordenamiento secuencial del libro, decidí comenzar exponiendo, en un “Primer Acto”, esos argumentos que incluyen la exploración tanto de preconceptos aceptados por el psicoanálisis, como el de los paradigmas actuales que permiten asomarse a las nuevas ideas. En ese Primer Acto, en los capítulos 1 al 4, destaco el valor del “psicoanálisis aplicado” y cuestiono el concepto de “pulsiones sociales” en Freud. Continúo rescatando el concepto “sentimiento oceánico”, transmitiendo mi personal visión de la “horda primitiva” de Freud y objetando que él equipare la “psicología social” con la “psicología de las masas”. Finalmente, doy mi visión del significado de una “convivencia primaria” y de cómo podría comprenderse la “participación social” desde estos puntos de vista.

De allí paso al Segundo Acto que contiene, en el capítulo 5, el tema principal, o sea, la función paterna y lo social. En él postulo la hipótesis de una “sociedad gregaria original” y doy una interpretación diferente al mito de Edipo, que me permite entrever otra “naturaleza” en el hombre, que me da pie a pensar en una diferente postulación para su inserción social.

En los tres capítulos siguientes reproduzco tanto algunos de los cuestionamientos que generaron mi enfoque (que me parecieron particularmente valiosos), como mis propias respuestas.

A continuación, en un *Intermezzo*, describo en los capítulos 9 al 13 los corolarios naturales de este nuevo modo de pensar. Desarrollo mi propia visión de la “intersubjetividad” entendiendo que, lo que se llama aparato psíquico sería, primariamente, una “red de intersubjetividades”. Esto me conduce a considerar las “limitaciones del encuadre psicoanalítico bipersonal” y a pensar en la conveniencia de “un contexto social como dispositivo terapéutico”, necesario para ciertos casos, especialmente los graves. Encuentro y expongo un cierto paralelismo entre la “historia del movimiento psicoanalítico y la historia del psicoanálisis de la psicosis”. También describo el “psicoanálisis multifamiliar” como una de las respuestas ya en práctica para enfrentar estas problemáticas.

En el Tercer Acto expongo la necesidad de aprovechar toda experiencia que logre profundizar el “diálogo entre psicoanalistas” y pensar en una “cuarta pata” para agregar al clásico trípode de la formación psicoanalítica. Finalmente, en el capítulo 16, recalco en “la reconciliación”, tema extrañamente desatendido por el psicoanálisis, pero que aprecio especialmente, y propongo la necesidad urgente e imperiosa de pensarla psicoanalíticamente tanto en lo personal, como en lo familiar, como en lo social.

Muchos de ellos son temas psicoanalíticos que han ido quedando, de un modo u otro, relegados *en el desván del psicoanálisis*. De allí surge la

2. Desde ya que me estoy refiriendo a mi necesidad y deseo de que, lo que escribo, sea “comprendido”. Esa es solo la antesala para ver, a posteriori, si es “aceptado” o no.

ocurrencia (tan inspirada de Alejandra), de “hurgar” en ese “desván”, “desempolvando” temas con otras miradas.

Si en alguna parte planteo como propia, una idea que puede encontrarse ya escrita por algún autor, me disculpo por ello, aunque me sostengo o me justifico en la “intertextualidad”. Desde ya, ni siquiera pretendo tener conocimientos acabados acerca del pensamiento de varios pensadores de distintos sectores del conocimiento que cito y que, apenas, alcanzo a rozar. Sin embargo, *destaco ideas o reflexiones que, en principio, concuerdan con mi modo de pensar y me baso en las asociaciones personales que gatillan en mí*. Por ejemplo, experimento algún tipo de concordancia, difícil de inventariar, con conceptos como los que cité antes de Edgar Morin o con conceptos de Mijail Batjin, tales como el “plurilingüismo efectivo”, o el discurso como un “diálogo entre voces”, o cuando afirma que “el lector no es un ser pasivo sino que se convierte en un oyente activo”³. Del mismo modo, cuando aludo a la “intertextualidad”, puedo referirlo a Julia Kristeva⁴.

Creo rescatar en cada idea que cito un esfuerzo vital por parte de esos pensadores, no para describir “esencias”, sino para transmitir “experiencias vivenciales”. Vivencias, “acontecimientos”, “eventos” o circunstancias personales, que consideraron relevantes para brindarles figurabilidad como conceptualización y para volverlas transmisibles, dándoles forma verbal. *Son esas experiencias vivenciales las que creo compartir*.

La articulación con el pensamiento de otros es más factible y más auténtico *si buscamos concordancias o discordancias en los orígenes de esos pensamientos en lugar de hacerlo en sus últimas formulaciones*. Toda comunicación verbal, todo concepto, idea, palabra, frase y oración nace (en el mismo sentido en que el “rito” intenta evocar el “sacramento”) del deseo de recuperar, plasmar y comunicar a otros una experiencia vivida. Experiencia a la que, por cualquier circunstancia, se le ha atribuido una particular importancia y que, por ello, se volvió “acontecimiento” o “evento”. Para lograr ese cometido, lo más plenamente posible, son tan importantes las palabras o los signos verbales que las designan como participar y recuperar (por lo menos en parte) el inevitable “halo o aureola vivencial” (feliz metáfora de

Jorge García Badaracco) que, las palabras, buscan y necesitan evocar. Algo así como preguntarse: “¿Qué experiencia vivencial está tratando de transmitir esta persona? ¿Qué es lo que vivenció o vivió, en su momento, y qué le pareció de suficiente importancia como para intentar comunicárselo a los demás?”. Realmente creo que, si no se logra cierta mancomunidad de esas experiencias vivenciales, la comunicación y la comprensión de los conceptos que las expresan es, prácticamente, imposible.

Solo para ir anticipando la pertinencia de lo dicho con el campo propio del psicoanálisis entiendo que, en el tratamiento psicoanalítico, es la (llamada y tan “vapuleada”) *contratransferencia* el mejor instrumento o el mejor “órgano” del que disponemos para registrar y para actualizar ese “halo o aureola vivencial”.

Sé bien que, a menudo, me repito a lo largo del libro. Pero tiendo a justificarme apelando a cierto principio escolástico (quizás vigente en mí) que expresa que la repetición promueve la comprensión.

Hay dos puntos generales que merecen ser explicados: haber elegido escribir el libro en primera persona y el uso continuado de resaltar y de diferenciar partes del texto. Encuentro que ambos puntos están relacionados aunque no me resulte sencillo describir esa relación.

En principio quiero aclarar que opté por el registro escrito en primera persona del singular aun a sabiendas de que, lo habitual, es escribir en un “nosotros” inclusivo o en un tercero impersonal, modo que se considera favorece la agilidad y la fluidez en la lectura, además de facilitarle al lector sentirse incluido.

Debo reconocer, en mí, cierta tendencia natural a escribir en primera persona. Es puramente personal y ya funciona como un “estilo” propio. Prácticamente todos mis escritos tienen esa característica. Sin embargo, en la particular situación de redactar un libro, me cuestioné seriamente si no debía cambiar esa forma y encararlo en los términos más habituales o aceptados. Es más, lo intenté por un tiempo. No obstante, fui dándome cuenta que respetar mi forma natural de escribir, en primera persona, se aviene mejor al mismo tenor de los temas que desarrollo.

Trataré de dar cierta explicación a esa convicción. La gran mayor parte de las ideas que me habitan y que quiero transmitir son nuevas y sin consenso. Por ello son planteos que, forzosamente, generarán oposición. Considero que la mejor manera de exponerlas, por su novedad y por su complejidad, sería *hablarlas, decirlas, conversarlas* entre varios, y no por medio del lenguaje escrito. Es por eso que, en el libro, desearía evocar y connotar (ante todo y en la medida de lo posible) el clima propio de *una conversación*. Mi permanente deseo es el de presentar el

3. Mijaíl Bajtin nos habla de fuerzas centrípetas de la vida del lenguaje que actúan dentro de un *plurilingüismo efectivo*. El discurso literario no es un todo autónomo y cerrado, sino un “diálogo entre voces” y el lector no es un ser pasivo, sino que se convierte en un oyente activo (Bajtin, 1989).

4. El término “intertextualidad” se lo debemos a Julia Kristeva, quien considera que (Kristeva, 1969): «Tout texte se construit comme une mosaïque de citations, tout texte est absorption et transformation d'un autre texte» (pp. 84-85). (“Todo texto se construye como un mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro texto”)

material escrito del modo más coloquial posible, en una suerte de imaginaria conversación.

No puedo precisar en este momento el por qué. Solo espero que pueda ser mejor comprendido a medida que se avance en la lectura del libro. Por ahora, y como generalidad, quisiera transmitir qué entiendo por conversación, tema que, por su importancia, desarrollo ampliamente más adelante. Desde mi punto de vista una conversación precisa de participantes siempre dispuestos a escuchar con atención las opiniones y las ideas individualizadas de los otros y colaborando con ofrecer las suyas, propias y personalísimas.

Pero es preciso *reconocer* y *particularizar* esas diferencias, *singularizarlas*. Tanto más cuanto se trata de ideas no compartidas, no consensuadas. La riqueza de la conversación o del coloquio radica en el intercambio mismo o en el producto que se va generando entre todos, mientras se conversa y se debate, desde la tensión originada por el sostenimiento sincero de esas opiniones. ¡Desde ya que es imprescindible no sentirse “el dueño de la verdad” y amar más el conocimiento que las propias razones! Ambas situaciones resultan deletéreas para el desarrollo de una conversación.

Creo que el mejor modo de “presentarme” en esta conversación es mostrándome, a “cara lavada”, como el “defensor” provisorio de esas ideas. No quiero comprometer a nadie a darlas por sentado ni pretender su aceptación *de golpe*, de entrada. Creo que es preciso no encuadrarlas en lo “ya sabido”, como mejor oportunidad de hacer foco en ellas, para explorar su contenido genuino.

A esta motivación también responde el uso continuo de resaltar y de diferenciar partes del texto. A lo largo de todo el libro *hago mucho uso de encomillados y de cursivas* (como ya puede ir observándose a pesar de que he intentado limitarme). Puede entenderse ese uso como abusivo o innecesario y hasta inoperante, por repetitivo, y he sido criticado por ello. El uso y las costumbres así lo afirman. Se lo describe como un modo molesto de inducir hacia tal o cual pensamiento, quitándole libertad al lector y sin favorecer un clima de lectura relajado, promoviendo cierta “tensión”.

Debo confesar que nunca terminé de comprender cabalmente esas objeciones. Reconozco plenamente, y así lo asumo, que busco “inducir” al lector a destacar una idea por sobre otra. Admito a plena conciencia que mi escrito está “poblado” por intencionalidades personales, por acentos propios y por mi personal semántica. No se me ocurre siquiera pretender escribir con “lenguaje neutral”. Es más, casi sospecho que le otorgo mayor “libertad”, a ese lector, siendo lo más explícito posible en cuanto a lo que quiero destacar y señalar privilegiadamente. Me parece que, cuanta más claridad tenga el lector acerca de lo que pienso y me convence, tanto más lo podrá contrastar con su propio pensamiento, para encontrar concordancias

o discordancias valederas. Por último, me pregunto si esos signos de puntuación, que están al servicio de diferenciar partes del discurso, no existen justamente para ser así usadas. E incluyo en esas reglas el uso de paréntesis, las notas al pie y las notas finales.

Sin embargo, es cierto que esos cuestionamientos me los han formulado personas muy queridas y/o muy valoradas y bienintencionadas. Por lo tanto, no puedo menos que prestarles atención. No obstante, todavía no estoy listo para renunciar, por completo, a este uso. Aquí retomo el punto anterior, el de mi deseo de evocar el contexto de una conversación. Creo que esas “triquiñuelas” del lenguaje escrito (comillas, cursivas, paréntesis) se prestan de maravilla a ese fin. Están pensadas, a mi entender, para connotar los tintes personalizados que se transmiten, en toda conversación, a través del “tono” de la voz y de los énfasis o matices con que se dicen las palabras.

Ninguna conversación es homogénea y siempre, quienes conversan, buscan inducirse mutuamente variando modulaciones, entonaciones, y/o el volumen de la voz, y/o haciendo gestos, y/o agregando significaciones extras a lo expresamente denotado por las escuetas palabras. Es cierto que pueden hacerlo para intentar imponer sus ideas al otro, pero también es cierto que puede hacerse para que quede, lo más claro posible, qué es lo que se intenta transmitir, evitando malentendidos.

Al mismo tiempo esos signos ortográficos permiten tanto un cierto realce como un cierto cuidado respecto a algunos términos o frases, dirigido justamente a generar un “halo o penumbra de asociaciones”, más propio del lenguaje hablado, halo necesario especialmente cuando se están tratando conceptos *in statu nascendi* y, por lo tanto, a la espera de ser completados.

Finalmente, se podría afirmar que muchas de las ideas que expongo o postulo en estos trabajos entran en contradicción, o se oponen, o buscan eliminar a otras ideas del acervo psicoanalítico enunciadas por autores de gran talla, tales como (solo como ejemplos) el concepto de *Psicología social o de las masas*, de Freud, o el de *Filicidio*, de Arnaldo Rascovsky.

Creo que esta visión no se ajusta bien a la realidad o, por lo menos, no lo hace siempre. Si bien es cierto que siempre hay ideas o juicios que necesitan ser afirmados o negados, no se cumple esta premisa, en cambio, cuando las ideas postuladas (aunque se encuentren en estado de “exploración”), tienden a incluir y a trascender a las ideas discutidas. Silvia Bleichmar ya advertía que el problema era lograr un debate superador y no de erradicación de lo anterior⁵.

5. Desgrabación de la conferencia de la psicoanalista Silvia Bleichmar, realizada en la Facultad de Psicología de Rosario (U.N.R.) por invitación de la cátedra EPIS I, el 30/07/2003.

Sabemos que solo pueden ser afirmadas o negadas ideas que pertenecen a un mismo conjunto u orden, o nivel, o sistema de organización, o nivel de complejidad, o jerarquía. Es así que las propiedades (o niveles de información) que rigen en un sistema, si bien son diferentes a los que rigen en los anteriores, *ni los contradicen ni los niegan*. Antes bien, los abarcan y, *englobándolos, los trascienden*⁶.

Si bien los conceptos de niveles de organización fueron pensados para describir a la complejidad biológica y a su evolución, creo que pueden aplicarse, punto por punto, también a la *evolución del pensamiento y a su complejización*.

Quiero decir algunas pocas palabras sobre las ideas que desarrollo a lo largo del libro. Creo genuinamente (aunque pueda adjudicarse a la soberbia) que, bien entendidas, son “ideas buenas”⁷. Me refiero a que, articuladas adecuadamente, permiten (entre muchas y diferentes cosas) brindar una visión diferente, más alentadora para nuestro “malestar en la cultura”. Permitirían alcanzar una nueva visión que nos ayudaría a entender, especialmente, la crispación, la irritación, la rabia, el odio y la “violencia justificada”, que experimentamos en aumento, sea como “individuos”, sea como “seres sociales”.

Tal como las entiendo podrían brindar una visión distinta, que nos permitiría comprender que ese malestar (tan extendido hoy en día) proviene, en gran parte, del malentendido de sentirnos víctimas de una “injusticia” ejercida por “un” culpable que exige ser identificado para subsanar ese error. Vivirlo de este modo nos condena a repetir (monótonamente y a “toda orquesta”) la actitud de Edipo que desencadena la tragedia, tal como nos la cuenta Sófocles en su *Edipo Rey*.

Desde otro punto de vista, me convence pensar que somos los psicoanalistas quienes estamos situados en la encrucijada adecuada, para comprender mejor y para asumir este tipo de ideas. Siendo así, pienso que, también *los psicoanalistas quienes deberíamos tener un papel preponderante en la*

transmisión y en la propagación de estas ideas, ideas que trascienden nuestra clínica cotidiana para *extenderse a un ámbito social que necesita, realmente y con urgencia, de nuestra palabra y de nuestra comprensión*.

Comprendo que es probable que no resulte un libro de fácil lectura. Encuentro (en principio y más allá de mis propias limitaciones) dos motivos que naturalmente se interrelacionan. Por una parte (y como ya expresé), no se presta a ser ordenado en una secuencia lineal, secuencia que permitiría un desarrollo gradual y temporal de la comprensión de las ideas que se van presentando. Por otra, toca, propone y expone, en muchas oportunidades, ideas nuevas, no exploradas suficientemente, *in statu nascendi* y, forzosamente, inacabadas por no haber tenido aún oportunidad suficiente de sumergirse en el magma del conocimiento consensuado.

El libro invita y hasta “exige”, al eventual lector, a tener *paciencia* (el más exiguo de nuestros bienes, en nuestros tiempos), a disponer de cierto *tiempo* (otro bien exiguo) para enfrentar y para sostener incertidumbres y dudas, promoviendo en ese lector un trabajo particular de “interconexión circular” de los diferentes temas. Creo que prácticamente lo fuerza a participar como “coautor”, por la necesidad muy presente de *desentrañar ideas aún no consolidadas* y de “completarlas”, incluso antes de decidir si las acepta o no.

Respecto al indefinido y numerosísimo grupo de personas a quien debo inspiración y agradecimiento necesito, mínimamente, nombrar y destacar a tres poderosos pensadores del psicoanálisis que gravitaron especialmente sobre mí: me refiero a Luis Chiozza, a Jorge García Badaracco y a Norberto Marucco. Ellos funcionaron tanto como “descubridores” así como “organizadores y articuladores”, ya sea de mi pensamiento, ya sea de mi práctica psicoanalítica.

Con Luis Chiozza he compartido una larga y compleja historia, con vaivenes de todo tipo, en una etapa fecunda de mi juventud. Le agradezco, por sobre todo, su empuje y apoyo para reafirmar en mí una natural tendencia de explorar, además del psicoanálisis, muy diferentes campos del pensamiento humano. Supo transmitirme la convicción que, más allá de las apariencias, la aparente diversidad iría confluyendo hacia cierta unidad de sentido.

A Jorge García Badaracco, sencillamente, nunca podré terminar de agradecerle su beneficiosa influencia en lo que es actualmente mi posición como psicoanalista, ya sea en la teoría, ya sea en la clínica. Influencia derivada tanto del estudio profundo de su vasta, riquísima y provocadora obra, como del prolongado contacto personal, en el que se destacaba su particular empatía en el modo de actuar en la práctica clínica.

6. Estoy seguro que es esta convicción la que llevó a Freud (1914) a *no querer desdecirse* respecto de un comentario que le hizo un lector en referencia al enunciado de dos ideas que parecían contradecirse. Terminó su comentario, escrito en 1926, diciendo: “Pero como nuestro panorama sobre la totalidad de este campo es todavía imperfecto, preferiría no pronunciarme de manera definitiva en ninguno de ambos sentidos” (p. 90, nota al pie de página). (La cursiva es mía.)

7. Me apresuro a aclarar que en ningún momento fue mi intención la búsqueda de “ideas buenas” o que tuve por objetivo encontrarlas. Por el contrario, al final del largo camino que emprendieron mis especulaciones, no pude menos que reconocer que lo que había descubierto (o “inventado”, que apunta a lo mismo), para mi propia sorpresa, eran “ideas buenas”. Desde ya, que esta convicción me ha valido ser considerado “ingenuo”, o “iluso”, o “idealista” e, incluso, “hipócrita”.

A Norberto Marucco le debo la motivación hacia una particular apertura, no solo a su propio pensamiento, profundo y creativo, sino hacia el pensamiento de múltiples autores psicoanalíticos de gran talla. Además, fue él quien me dijo, concretamente, que podía desarrollar mis ideas en un libro. Por último, pero no menos importante, le debo la confirmación de que se puede ser un gran psicoanalista y un apasionado investigador, manteniendo al mismo tiempo un entusiasmo vital, constantemente joven, experimentando placer en los más variados aspectos de la vida.

Finalmente solo me queda intentar poner en palabras mi gratitud hacia algunas de las personas que componen mi círculo íntimo y que se han destacado por alimentar mi deseo de escribirlo.

Me refiero, en primerísimo término, a Martha Carrera de Fonzi, esposa de toda una vida. No creo que haya un solo párrafo o una sola frase del libro que no le haya leído, a la espera de su opinión, sea como aprobación o como veto. Ha mostrado una infinita paciencia y una constante disposición para prestarse, en cualquier momento, a ser la interlocutora válida que siempre se necesita. Ha sido una actividad continua y siempre, en cada momento, estuvo y continúa estando a mi lado. Cualquier muestra de gratitud, hacia ella, es poca...

A Yiya Amado de Zaffore, gran amiga mía, le debo su continuo interés en muchos (si no en todos) de mis escritos durante décadas. Lectora atenta, inteligente y crítica, sus comentarios (y en particular sus cuestionamientos) siempre actuaron como estímulo para repensar y para reformular mis ideas. De hecho, los capítulos dedicados a responder cuestionamientos se apoyan, mayormente, en nuestras discusiones.

Necesito destacar también a Silvia Dupuy, mi “amiga-hermana” desde la adolescencia. Si bien nuestro intercambio no fue tan profuso ni tan continuado como el que mantuve con Yiya, sus genuinos, profundos y siempre bien intencionados comentarios acerca de alguno de mis planteos, supieron ponerme a prueba.

Ricardo González, mi muy querido amigo, también colaboró, aunque indirectamente. Si bien no siento que haya participado particularmente en el “armado” del libro, debo destacarlo por la constancia y la concentración de las apasionadas conversaciones que venimos manteniendo, sin prisa y sin pausa, acerca de cualquier tema del psicoanálisis y que superan largamente (sin cejar y sin perder motivación) los diez años de duración. Me es imposible deslindar el trabajo mental, consecuencia de este intercambio, del trabajo mental que puse al servicio de la escritura.

A cada uno de ellos le quiero expresar mi particular y especialísimo reconocimiento por colaborar a generar la atmósfera imprescindible para el desarrollo de este libro.

Creo muy oportuno dedicar un espacio particular para describir el impacto que me produjo una experiencia actual que involucra a un autor de los quilates de Heinrich Racker, psicoanalista argentino reconocido internacionalmente. Me pareció tan atinente al tema principal de mi libro, tan rica en derivaciones y tan sugestiva, que decidí presentarla como una, muy pertinente, introducción u “Obertura” a mi libro.

De Racker conocí muy pero muy bien todos sus artículos técnicos. Su libro *Estudios sobre la técnica psicoanalítica, la transferencia y contratransferencia* fue, durante un tiempo prolongado, mi “libro de cabecera”, al que estudié por años en profundidad y a conciencia¹. Sin embargo, descubrí recientemente que no tuve noticia alguna (o no supe o no pude registrar), durante décadas, de otro aspecto importante de la obra de Racker. Me refiero a su particular interés en la Psicología Social, al que (ahora sé) nunca renunció en vida.

Hace pocos meses, con mi libro prácticamente terminado y en estado de revisión, cae en mis manos (no recuerdo cómo) el libro de Heinrich Racker *Psicoanálisis del Espíritu* que, aunque estuvo “desde siempre” en mi biblioteca, no había leído nunca. ¡Lo leí, fascinado... No podía creer las coincidencias que encontraba entre tantos aspectos de su pensamiento y el mío propio escritas, hace medio siglo, en un libro suyo! Pero mi asombro se debía a que, ciertamente, no se trataba de un autor desconocido en el psicoanálisis...

1. Dicho sea al pasar, su concepto de *contratransferencia* fue uno de los pilares alrededor del cual se constituyó el CIMP (Centro de Investigación en Psicoanálisis y en Medicina Psicósomática) en 1967, presidido por Fidias Cesio, al que pertenecí desde su inauguración. Demás está decir el especial interés y dedicación con que estudiábamos a Racker.

Nombro algunas de esas coincidencias. Comienzo por su concepto de Antropología Psicoanalítica en el que, mi libro, casi podría inscribirse por entero. Racker atribuye tanta importancia a ese concepto como para presentar el *primer seminario que él dictó en el Instituto de la Asociación Psicoanalítica Argentina, en 1949* (inaugurándose como Profesor del Instituto), con el nombre de “Antropología Psicoanalítica”. En ese primer seminario destacó la importancia que le daba al Psicoanálisis Aplicado en términos prácticamente coincidentes a los que yo planteo en mi primer capítulo.

Además, menciona una y otra vez aspectos omitidos, descuidados o desestimados por Freud y por el psicoanálisis, tanto respecto a la “religiosidad” como a “lo social”, en todo concordantes a lo que yo desarrollo. Atribuye, asumidamente, dichos “descuidos y negligencias” a *problemáticas neuróticas de Freud respecto a su relación con su padre*, que lo llevaban a desear “destruir” todo lo referente a la religiosidad auténtica.

Por mi parte hago notar cuán llamativo me resulta el comentario “es posible *pulverizar* la exposición de Trotter en el campo psicológico...” que Freud hace, respecto a la hipótesis de la existencia de pulsiones sociales, primarias e irreductibles, de William Trotter. Ese comentario, en mi opinión, evidencia un fuerte tinte emocional que “raspa” en la discusión “científica y objetiva” que Freud intenta llevar adelante, y que manifiesta, para cualquier psicoanalista, una carga inconsciente imprevista². Con la misma perplejidad leo, en el libro de Racker, párrafos enteros que, desde mi mirada, podrían ser de mi autoría.

Quiero dejar constancia de una diferencia, aunque no sea de fondo. Si bien Racker menciona y da relevancia constante a “lo social”, creo que su mayor interés se centra en “la religiosidad”, y a ese fin dedica el núcleo de sus reflexiones. En cambio, mi propio itinerario me llevó a centrar mi interés, fundamentalmente, en “lo social” y a reintroducirlo en el psicoanálisis desde otra perspectiva y solo, muy tangencialmente, aludo a “lo religioso”.

Desde ya, que en un principio me sentí muy halagado y en “muy buena compañía” por este descubrimiento. “No cualquiera, pensaba, tiene a ‘un’ Racker como *compañero de ruta*...”. Hasta puedo confesar (con pudor) que a pesar de que Racker desarrolla y explica mejor que yo sus argumentos, por momentos me sentía “plagiado” por él.... Pero, al recuperar el raciocinio, incluso llegué a pensar, por momentos, si tenía sentido presentar mi libro tal como estaba, y *si no debería reescribirlo a la luz de estos nuevos (añosos) desarrollos*.

2. En el capítulo 2 desarrollo ampliamente este comentario.

Sin embargo, se fue imponiendo otra idea. Me llamó poderosamente la atención darme cuenta que bien podría ser que no solamente yo hubiese “escotomizado” ese aspecto de la obra de Racker, sino que el psicoanálisis entero lo hubiese “relegado al olvido”. Sentía auténtico asombro en que, habiendo trascurrido mi vida entera en ambientes psicoanalíticos, *nunca hubiese oído hablar de estas conceptualizaciones “rackerianas”*, tratándose como se trata, de un autor de enorme peso específico en el psicoanálisis nacional e internacional³. No pude menos que relacionar este hecho y explicármelo con las mismas consideraciones que Racker fue desplegando hace seis décadas y que yo, en la actualidad, venía sosteniendo y desarrollando a lo largo de todo mi libro⁴.

Pero, aun vi algo más. Creo que ese “olvido” o descuido o negligencia, actualiza y *pone en escena a esos mismos argumentos* que Racker (en 1957) y yo (ahora) exponemos, volviéndose prácticamente una verificación experiencial de lo acertado de nuestra comprensión. Ambos, Racker y yo, concebimos una fuerte resistencia inconsciente por parte de los psicoanalistas (manifestada, transmitida y finalmente heredada del mismo Freud) a enfocar nuestro anteojo psicoanalítico en estos temas. *Racker pone el acento en la resistencia a concebir un aspecto “no neurótico” de la religiosidad* mientras que, *por mi parte, pongo el acento en la resistencia a concebir un aspecto “no neurótico” de lo social*. Ambos temas parecieran ser, como tantos otros, muy apropiados para terminar en el “desván del psicoanálisis”, quizás a la espera de que alguien los “desempolvare”.

Creo necesario destacar que, tanto él como yo mismo, pensamos que *todos los desarrollos de Freud*, respecto de *cierta* religiosidad y de *cierta* organización social, *son muy válidos*. Pero también es cierto que ambos coincidimos en que *son desarrollos parciales, que merecen y necesitan ser completados*. Cito a Racker (1957): “La cuestión es saber si lo que Freud ha designado como religión es realmente toda la religión”. (pp. 65-66). Lo parafraseo: *la cuestión es saber si lo que Freud ha designado como psicología social es realmente toda la psicología social...*

3. No pretendo afirmar que “nadie” conozca ese aspecto del pensamiento de Racker. Más bien me refiero al “silencio” que rodea a esas ideas o a su falta de trascendencia. Puedo aseverarlo con cierta convicción por ser un “testigo viviente” siendo, como soy, alguien que vivió inmerso en el mundo del psicoanálisis desde hace medio siglo y que no tuvo noticia, ni siquiera de los enunciados de sus postulaciones.

4. Es más, me hace tomar conciencia cabal de la cantidad de trabajos y escritos que debe haber dispersos en el mundo psicoanalítico desarrollados por múltiples autores. Autores que tratan con profundidad temas de este tipo (o de otro tipo), que se enfrentan con la misma “negligencia” general a ser considerados, comprendidos y/o aceptados, derivada de esa resistencia inconsciente que proviene de la “tradicción” psicoanalítica.

La resistencia para usar el anteojo psicoanalítico, aquel que aplicamos los psicoanalistas para estudiar y comprender cualquier circunstancia vital, parece chocar, en estos casos, con un obstáculo prácticamente insalvable.

Desde otro punto de vista *estas reflexiones me anticipan cierto destino que le podría tocar vivir a mi libro*. O sea, que es muy probable tanto que no despierte motivación alguna para ser leído, como que pudiera caer en el más profundo de los “olvidos”, aunque haya sido leído. Quizás, como máxima aspiración, su destino fuera quedar también “relegado en el desván del psicoanálisis”...

No obstante, esta misma circunstancia me motiva a seguir adelante, a resistir la tentación de abandonarlo y a insistir en su publicación a la espera de que las ideas, en algún momento y por “sumación”, queden “tintineando” y repiqueteando en algún lector. “Tintineo” típico que se produce al hacer *insight* de un contenido inconsciente cuando este (por alguna “misteriosa” razón no tan sencilla de describir) se libera de los obstáculos que impiden su acceso a la conciencia.

Por último, el único modo que encontré de hacerle cierta justicia a Racker, es ir intercalando a lo largo del libro, aquí y allá, pero en forma constante, varias citas para presentarlo en escena, evocando su profundo pensamiento.

Dedicatorias

A Martha:

¡Gracias Martha! Sin tu continua colaboración este libro, sencillamente, no existiría...

A Adriana:

Esencia renovadora de mi combustible de vida...

A Ale:

Por siempre...

PRIMER ACTO | Explorando
preconceptos
y cambios de
paradigmas. Temas
psicoanalíticos
“desestimados”

Nota introductoria al capítulo 1

Este primer capítulo está, casi específicamente, dedicado a los psicoanalistas por motivos que se irán comprendiendo a lo largo de su desarrollo. Algún psicoanalista podría calificar, prácticamente al libro entero, como variados ejercicios de “Psicoanálisis Aplicado”. Este modo de entenderlo podría plantear ciertas dificultades desde el primer momento si ese lector tuviera determinados preconceptos sobre ese tópico. Me refiero a que el psicoanalista que considerara a los “hechos de la clínica” como el máximo exponente o el “único” material de estudio para el desarrollo de cualquier concepto o teoría, valederos para el psicoanálisis, podría desentenderse de leerlo. Quien pensase así, probablemente viera al psicoanálisis aplicado como la mera “aplicación” de los principios vigentes del psicoanálisis. Principios vigentes (que solo tendrían legitimidad al provenir de una buena experiencia terapéutica) aplicados a campos diferentes de la clínica, lejanos y ajenos.

En cambio, propongo pensar que hay “algo que llamamos psicoanálisis” que tanto puede “aplicarse” a lo “terapéutico-ontogenético” como a lo “antropológico-filogenético” campos que, solo en apariencia, se presentan como radicalmente diferentes. Desde este punto de vista podríamos considerar como “fuentes” privilegiadas (en las que abreva el psicoanálisis) tanto a *la concreta experiencia clínica con pacientes*, como a cualquiera de *las infinitas variaciones de la antropología*. Ambas aplicaciones se nutrirían y se enriquecerían mutuamente.

Por esta razón me pareció necesario escribir este capítulo.

Asímismo, quisiera aprovechar esta introducción para referirme *d'emblée* a un concepto que me acompaña hace tiempo y que tiene especial importancia para mí: la “pauta que conecta” (*connecting pattern*), de Gregory Bateson. Se manifiesta y está siempre presente, de un modo u

otro, a lo largo del libro entero. Bateson le otorga tal relevancia que llega a decir: “Como otro título [...] de este libro, un sinónimo del que ahora tiene (Espíritu y Naturaleza) les ofrezco esta frase: la pauta que conecta” (Bateson, 1980 [2001], p. 7).

Bateson, fiel al principio que “no hay datos en bruto” (los datos no son *sucesos*, sino *registros, descripciones, recuerdos o vivencias de hechos*), intenta transmitir, en palabras, una vivencia propia: su vivencia de encontrar constantemente (en cualquier campo de estudio) interrelaciones formales, “nunca cantidades: siempre figuras, formas y relaciones” (*Ibídem*, p. 9). Intenta transmitir su vivencia de “toparse” siempre con vínculos estructurales e ideales (que rigen tanto las formas naturales como las espirituales) que evidenciándose en un campo, de golpe, lo trascienden y se vuelven aplicables a campos distintos (fenómeno *moiré*, “redundancia extrasistemática”). De algún modo, todo estudio concreto de un campo particular no implica, para Bateson, un simple relevamiento de datos, sino una pista en el camino de generalizaciones más amplias. Es lo que le hizo afirmar: “La modalidad de mi búsqueda es muy clara para mí y podría denominársela el método de la comparación doble o múltiple” (*Ibídem*, p. 79).

Antes que encerrarla en una definición, Bateson busca describir la “pauta que conecta”, diciendo, por ejemplo: “¿Qué pauta conecta al cangrejo con la langosta y a la orquídea con el narciso, y a los cuatro conmigo? ¿Y a mí contigo? ¿Y a nosotros seis con la ameba, en una dirección, y con el esquizofrénico, en la otra? [...] ¿Cuál es la pauta que conecta a todas las criaturas vivientes?” (*Ibídem*, p. 7) y “La pauta que conecta es una meta-pauta, pauta de pautas” (*Ibídem*, p. 10).

Considera que el registro de estas pautas formales nos acerca mejor a la posibilidad de comprender “*cómo nosotros podemos saber alguna cosa*”. En [...] *nosotros* están incluidos [...] la estrella de mar y el bosque de secuoyas, el huevo que se divide y el Senado de los Estados Unidos. Y en esa *alguna cosa* [...] se incluía ‘cómo crecer con simetría quíntuple’, ‘cómo sobrevivir a un incendio del bosque’, ‘cómo aprender’, ‘cómo redactar una Constitución’ [...] ‘cómo evolucionar’ [dado que] deben ajustarse a las mismas regularidades formales...” (*Ibídem*, p. 4). (Las cursivas en la cita son mías.)

Una definición de “pauta que conecta”, más clásica, figura en *Espíritu y Naturaleza*, página 20, en una nota del traductor que dice (respecto a *pattern-pauta*): “modelo, guía o patrón utilizado para hacer algo (etimológicamente [...] ‘patrón’, ‘patrono’, el sucedáneo de ‘padre protector’); [...] ordenamiento o disposición formal de las partes o elementos (vale decir, un ‘diseño’ o ‘esquema’) [...], ‘pattern’ parecería corresponder al concepto

de una configuración captada de acuerdo con algún modelo ideacional o ideal”.

Espero sinceramente que la relevancia de esta larga digresión, alrededor de esta idea, (aunque necesaria, como se irá viendo) vaya perfilándose a lo largo del libro entero.

- VON UEXÜLL, JACOB (1934) *Ideas para una concepción biológica del mundo*. Madrid. Espasa Calpe.
- VON WEISZÄCKER, VICTOR (1945 [1956]) *El hombre enfermo*. Barcelona. Ed. Luis Miracle.
- VON WEISZÄCKER, VICTOR (1948[1987; 2009]) “Cuestiones Fundamentales de la Antropología Médica”, en *Escritos de Antropología Médica*. Buenos Aires. Editorial Libros del Zorzal.
- WENDER, LEONARDO (1969) “Psicoanálisis de la vocación”. *Revista del Psicoanálisis*, T. XXII N° 1-2, Buenos Aires. APA.
- WINNICOTT, DONALD (1954 [1990]) *El gesto espontáneo*. Buenos Aires. Paidós.
- WINNICOTT, DONALD (1971 [1979]) *Realidad y Juego*. España. Ed. Gedisa; pp. 140-142.
- YUNG, CARL GUSTAV (1964 [2002]) *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Buenos Aires. Grupo Editorial Planeta / Seix Barral.

Índice

Prólogo.....	5
Preludio	13
Obertura	23

PRIMER ACTO Explorando preconceptos y cambios de paradigmas. Temas psicoanalíticos “desestimados”

Nota introductoria al capítulo 1	31
Capítulo 1	
El psicoanálisis aplicado	35
1.1 Relevancia del psicoanálisis aplicado.....	35
1.2 Los enfoques “interdisciplinarios”	37
1.3 Otra utilidad del psicoanálisis aplicado.....	38
1.4 El “proceso psicoanalítico” del psicoanálisis	40
1.5 Utilidad del psicoanálisis aplicado, en su sentido amplio	41
Nota introductoria al capítulo 2	43
Capítulo 2	
Psicoanálisis de lo social: ¿“pulsión organísmica”?	45
2.1 Las pulsiones sociales: Freud cuestiona a W. Trotter	45
2.2 Interpretación psicoanalítica, según Freud, de las pulsiones sociales	47
2.3 Cuestionando a Freud	48
2.4 Grupos humanos originarios organizados naturalmente.....	50
2.5 ¿Una “pulsión organísmica”	53

Nota introductoria al capítulo 3	57
Capítulo 3	
La participación social. Los quehaceres del hombre en sociedad.....	59
3.1 La participación social del hombre a la luz de las clásicas ideas freudianas.....	59
3.2 La participación social como manifestación o realización de la pulsión organísmica	61
3.3 ¿A qué llamamos “enfoque psicoanalítico”?	63
3.4 Anticipando inevitables objeciones y malentendidos	64
3.5 Algunos mínimos “ejercicios de estilo” o de aplicación desde estos puntos de vista.....	65
3.5.1 La vocación	65
3.5.2 Esbozo psicoanalítico de las vacaciones.....	67
3.5.3 El deporte es algo “serio”: su papel en la educación.....	68
3.5.3.1 La Educación	69
3.5.3.2 El Deporte.....	70
3.5.3.3 Educación y Deporte	72
3.6 ¿Ciencia ficción?.....	73
Nota introductoria al capítulo 4	77
Capítulo 4	
Ensayo sobre la convivencia	79
4.1 El “preconcepto darwiniano” y sus consecuencias: “cuestionando lo incuestionado”	79
4.2 Aclarando equívocos: Los preconceptos son inevitables	81
4.3 Explorando un preconcepto trascendente.....	82
4.4 La conciencia o “condición de consciente” como síntoma	83
4.5 Creencias e ideas	84
4.6 Actuar y pensar - Lo inconsciente y la conciencia.....	87
4.7 Acción y creencia.....	88
4.8 Un ejemplo - El par “tortuga-gaviota”	89
4.9 Hipótesis principal de este desarrollo. Una “convivencia primaria”	91
4.10 Especulaciones respecto de tres estructuras vinculares humanas muy conocidas	92
4.10.1 En la familia	92
4.10.2 En las instituciones	93
4.10.3 En la “sociedad-masa”	93
4.11 Ampliando la idea de una convivencia primaria.....	94
4.12 Concluyendo	97

SEGUNDO ACTO

La función paterna y lo social Cuestionamientos y respuestas

Nota introductoria al capítulo 5	101
Capítulo 5	
La función paterna como intermediaria del orden natural.....	105
Filicidio y parricidio	105
5.1 El parricidio y el filicidio	106
5.2 La condición parricida del hijo	106
5.3 La función paterna	107
5.4 ¿Una hipótesis insostenible?	109
5.5 Layo y Agamenón	111
5.6 La función filial como “naturalmente” individualista	113
5.7 El orden natural y el orden social.....	114
5.8 ¿Una “sociedad gregaria” original?	116
5.9 La horda primitiva como desarrollo “patológico” de la sociedad gregaria	117
5.10 “Paternizar” la naturaleza o “naturalizar” al padre	119
5.11 El filicidio como fantasía optativa.....	121
5.12 Intento de descripción metapsicológica de lo anteriormente expuesto	122
5.13 Edipo, parricida e incestuoso, como “humanización” de una desgracia, calamidad o infortunio natural.....	125
5.14 ¿Con qué materia prima se “construye” el material edípico?.....	126
5.15 Nuestra organización sociocultural, “heredera” de Edipo.....	128
5.16 Epílogo	130
Nota introductoria a cuestionamientos y respuestas	137
Capítulo 6	
Cuestionamientos de Yiya Zaffore	139
6.1 Las polarizaciones como productos del aparato para pensar. Naturaleza vs. Cultura / Individuo vs. Grupo.....	139
6.2 La horda primitiva freudiana: su pertinencia en el psicoanálisis	144
6.3 Pertinencia psicoanalítica del concepto de “sociedad gregaria”	145
6.4 El “sentimiento oceánico”	147
6.5 El psicoanálisis en el proceso de evolución social: la “nueva visión del mundo”	149
6.6 Cuidémonos de la “dogmatización”	152
6.7 ¿Qué aporta como novedad el trabajo “La función paterna...”?	153
6.8 Observaciones para dos conceptos metapsicológicos.....	155
6.8.1 La pulsión.....	155
6.8.2 El inconsciente	156
6.9 Retomando la dificultad de comunicación.....	156

Capítulo 7

Cuestionamientos de Silvia Dupuy	159
7.1 “En el principio era la patología...” Enfermo-enfermado (individuo-grupo)	159
7.2 Prácticas psicoanalíticas diferentes implícitas en esas posiciones ...	160
7.3 Refutación desde la metapsicología clásica	163
7.4 La “horda primitiva freudiana” como derivado de una “cosmovisión” patológica	164
7.5 Un “acto fallido” histórico del pensamiento psicoanalítico	165
7.6 Resistencias a incorporar otra visión de lo grupal	166
7.7 Malentendido que equipara castración a salud	167
7.8 Consecuencias perjudiciales y peligrosas de la aplicación de estas ideas	168
7.9 “Naturalizar” al padre. Un aporte el concepto de “trauma”	170

Capítulo 8

Cuestionamiento de un comité editor	173
8.1 Cuestionamiento y objeciones	173
8.2 Reflexiones acerca de las objeciones del comité editor. Aclarando malentendidos	174
8.3 Objeciones de objeciones	175
8.4 <i>Post Scriptum</i>	181

INTERMEZZO
Corolarios

Nota introductoria al capítulo 9	185
Capítulo 9	
Mi itinerario personal hacia el psicoanálisis multifamiliar	187
Esbozo de propuesta para la formación psicoanalítica	187
9.1 “Descubriendo” a García Badaracco	187
9.2 Primer impacto	188
9.3 Segundo impacto	188
9.4 ¿Es esto psicoanálisis?	189
9.5 Conclusiones personales	190
9.6 Describiendo conceptos psicoanalíticos “multifamiliares”	191
9.7 El “lenguaje” de García Badaracco	193
9.8 “El potencial no desarrollado en el pensamiento psicoanalítico de Freud”	194
9.9 Esbozo de propuesta para la formación psicoanalítica	196
9.10 “Conversando” psicoanalíticamente	197
Nota introductoria al capítulo 10	199
Capítulo 10	
El miedo en el analista como obstáculo en la cura de la psicosis	201

10.1 La “locura” (y las psicosis) como gravedad o dificultad compartida	201
10.2 ¿Cuándo sentimos miedo como psicoanalistas?	203
10.3 Primera e inmediata consecuencia clínica del miedo del analista ...	204
10.4 ¿Cómo lograr esa “otra mirada”? ¿Cómo comprender el miedo? Hipótesis a explorar	206
10.5 “Inconcientizaciones” como obstáculos para la cura	207
10.6 Concluyendo	208

Nota introductoria al capítulo 11	211
--	-----

Capítulo 11**La “pauta que conecta” la historia del Movimiento Psicoanalítico**

con la historia “psicoanalítica” de la psicosis	213
11.1 Introducción	213
11.2 La pauta que conecta	215
11.3 Los lks	215
11.4 ¿Puede una institución psicoanalítica funcionar como un “grupo-masa”?	218
11.5 Rodeo respecto del narcisismo	219
11.6 La necesidad de un contexto social. ¿Alcanza con “el tercero”?	220
11.7 Aportando ideas para nuevos dispositivos psicoanalíticos	221
11.8 Complicaciones en nuestra formación	223

Nota introductoria al capítulo 12	227
--	-----

Capítulo 12**El encuadre psicoanalítico bipersonal: ¿un obstáculo**

en la cura del “paciente difícil”?	229
12.1 Una anécdota personal	229
12.2 El “paciente difícil”	232
12.3 Todo diagnóstico “objetiva”	233
12.4 Volviendo a incluir al analista	234
12.5 Dificultad en el analista	235
12.6 Replanteos al encuadre y a la técnica psicoanalítica clásica	236
12.7 El encuadre bipersonal clásico	238
12.8 Experiencias psicoanalíticas realizadas	239
12.9 Características del “paciente difícil”	240
12.10 ¿Una “matriz originaria” del psiquismo?	240
12.11 ¿Por qué “matriz originaria”?	243
12.12 La dificultad inherente del dispositivo psicoanalítico bipersonal	245
12.13 Nuevas perspectivas psicoanalíticas	246

Nota introductoria al capítulo 13	249
--	-----

Capítulo 13**El contexto social como encuadre necesario para el tratamiento**

psicoanalítico del paciente grave	251
--	-----

Propuesta metodológica para “pensar juntos” el psicoanálisis	251
13.1 Presentación del planteo.....	251
13.2 Condiciones a respetar.....	254
13.3 Listado de condiciones para la coordinación, tentativo y forzosamente incompleto	255
13.3.1 Principios con mayor grado de generalidad	255
13.3.2 Principios prácticos de coordinación	256
13.4 Una aplicación y ampliación deseable del psicoanálisis.....	259

TERCER ACTO Hacia la reconciliación

Nota introductoria a los capítulos 14 y 15	265
Capítulo 14	
Es posible/imposible el diálogo entre psicoanalistas.....	267
El diálogo entre psicoanalistas: ¿una “cuarta pata” en el trípode de formación?	267
14.1 Emergentes a discutir:.....	268
14.1.1 ¿Es posible/imposible el diálogo entre colegas?.....	268
14.1.2 Se trajeron las ideas de García Badaracco: diferencias entre “oír” y “escuchar”, la “mente ampliada”	269
14.1.3 ¿Es necesario ubicar el lugar desde donde habla el otro, para que haya un diálogo entre analistas?	270
14.1.4 La asimetría de las posiciones y la singularidad de los analistas involucrados en este dispositivo de trabajo: ¿favorecen o ejercen un efecto paralizante en la escucha de la situación analítica, del diálogo analista-paciente?	271
14.1.5 ¿La supervisión colectiva puede considerarse una supervisión?	271
14.1.6 ¿Cómo pensar las diversas modalidades de diálogo en nuestra práctica y en la institución?	271
14.1.7 ¿De qué manera interviene lo político institucional en el diálogo entre colegas? ¿Obtura el pensamiento científico?	272
14.2 Tendencia natural a pensar en “verdades únicas”	272

Capítulo 15

“Invenición-tradición”: un aspecto del cambio de paradigma	275
15.1 Efectos del cambio de paradigmas.....	275
15.2 A José Milmaniene, Director de Secretaría Científica de APA (en 2008)	279
15.3 A Eduardo Agejas, Director de Secretaría Científica de APA (en 2010)	280
15.4 Sintiéndome acompañado.....	282

Nota introductoria al capítulo 16	285
Capítulo 16	
La reconciliación en lo social, en lo familiar y en lo personal.....	287
16.1 El “Ubuntu” (Unbuntu, Ubunthu).....	287
16.2 La necesidad de “humanizar” víctimas y victimarios. Reconocimiento del trauma y de su historización cultural en la sociedad.....	289
16.3 Reconciliación como proceso terapéutico que afecta a todas las partes.....	290
16.4 Reconciliación no es perdón.....	291
16.5 Recreando y actualizando un saber ancestral. Nuestra “corresponsabilidad”	292
16.6 La reconciliación en psicoanálisis.....	293
16.6.1 Limitaciones del lenguaje metapsicológico	293
16.6.2 Culpa y verdad	294
16.6.3 El conflicto	295
16.6.4 Querer o necesitar tener razón.....	297
16.6.5 Los conflictos no se solucionan. Se disuelven y pierden su razón de ser	298
16.7 “Dinámica” y “dramática” en psicoanálisis. José Bleger.....	300
16.8 Rescatando la “complejidad” inherente a estos temas.....	300
16.9 Temas para pensar	301
16.9.1 La reconciliación como factor de curación.....	301
16.9.2 ¿Qué denominamos “hechos objetivamente irreconciliables”?	302
16.9.3 ¿Qué hacemos con “nuestros” monstruos?.....	303
16.9.4 ¿Qué hacemos con “nuestros” santos?	303
16.9.5 ¿Debemos dejar la reconciliación como ejercicio de la religión y de lo divino?	304
Finale	307
Ejercicio de intertextualidad	308
Borges: Tlön, Uqbar, Orbis Tertius.....	309
Bibliografía.....	313